



OBISPO DE CARTAGENA

ORDENACIÓN SACERDOTAL
Carlos Fabián Cabezas Pincheira
Felipe Carmelo Ferreres González

Santa Iglesia Catedral
8 de julio de 2023. Murcia

Excmo. Rvdm. Mons. Gil Hellín;

Queridos vicarios;

Rector del Seminario Mayor San Fulgencio y formadores; Rector Seminario Redemptoris Mater y formadores;

Queridos sacerdotes, religiosos, religiosas, seminaristas;

Párrocos de estos hermanos ordenandos;

Queridos Carlos Fabián y Felipe Carmelo, un saludo para vosotros y para todos vuestros familiares; a los que habéis venido de la hermosa nación de Chile, sed bienvenidos y esperamos que os encontréis entre nosotros tan acogidos como en familia;

Queridos hermanos y hermanas...

Queridos diáconos.

Esta catedral acoge hoy al universo entero, porque son muchas las experiencias de fe, de alegría y gozo las que se han dado cita en este santo lugar, donde Cristo se hace presente en medio de esta asamblea para la consagración y envío de estos dos hermanos a la evangelización, como pastores, como discípulos, testigos y hermanos.

Carlos Fabián y Felipe, los dos sois conscientes de que el Señor Jesús salió a vuestro encuentro en la «plenitud de los tiempos» (Gal 4,4), fruto de cuando Dios envió a su Hijo al mundo, para rescatar a los que se hallaban bajo la ley y para que recibiéramos la filiación divina (cf. Gal 4,5). Cristo ha abierto el horizonte de la esperanza a todo el mundo y nos ha hecho partícipes de la salvación, de la misericordia de Dios y de la vida (cf. Rom. 16,25-26; Ef. 3,5-6). Con Cristo todo es nuevo ahora, porque nos ha manifestado el gran amor que Dios nos tiene (cf. Rom. 8,39). Vosotros habéis tenido el gran privilegio de haber recibido esta gracia gratis, como la recibió san Pablo, para ir a anunciar a todo el mundo el amor de Dios y su misericordia. Habéis sido llamados para ser portadores de la salvación (cf. 1Co 15,1-5), portadores de un tesoro muy grande, como es el **Evangelio**. Esta es la misión más hermosa que la Iglesia, de parte del Señor, os encarga. Como discípulos y apóstoles nunca tengáis miedo, porque no vais solos a esta aventura, el Señor os ha dado la fuerza del Espíritu Santo.

Recordad ahora la más grande experiencia que pudo experimentar san Pablo en el camino hacia Damasco, que consistió esencialmente en esto: ese Jesús a quién Pablo consideraba definitivamente muerto se le presentó repentinamente vivo y lleno de gloria («Yo soy

Jesús a quién tú persigues», Hch. 9,5). Pablo no le ha buscado, ni se ha preparado a este encuentro; todo lo contrario, ha luchado ferozmente contra los cristianos y su Evangelio. Y, sin embargo, el Resucitado irrumpió en su vida y Pablo quedó *apresado* por Cristo Jesús (Fil. 3, 12). Todo su ímpetu y toda su actividad evangelizadora arrancan de este hecho: él tiene conciencia clara de que no es apóstol por voluntad propia, **sino por voluntad de Dios** (1Cor.1,1; 2Cor. 1,1; Ef. 1,1). Él sabe muy bien que es «llamado como apóstol» (Rom. 1,1) exactamente como lo habían sido los Doce, porque le ha llamado el mismo Jesús, igual que a ellos; y –lo mismo que ellos– también Pablo ha sido llamado por su nombre (Hch. 9,4). Fijaos hermanos Felipe y Carlos Fabián, esta ha sido también vuestra historia, sois fruto del encuentro con Jesús y las consecuencias son maravillosas, espectaculares, diría yo.

Habéis sido llamados **por gracia** (Gal. 1,15), pero eso no le quita fuerza a vuestra vocación, sino todo lo contrario: pone más de relieve la iniciativa absolutamente gratuita de Dios que se ha fiado, no en virtud de vuestros méritos, sino por pura benevolencia, por su misericordia, porque os quiere el Señor (Rom. 9,15-18). De hecho, san Pablo no dejó de maravillarse y sorprenderse a lo largo de toda su vida de que fuera llamado precisamente él: «A mí, que antes fui un blasfemo, un perseguidor y un insolente» (1Tim. 1,13). Toda su predicación acerca de la gracia brotará de esta experiencia primera y fundante: «Cristo Jesús vino al mundo a salvar a los pecadores, y el primero de ellos soy yo; y si encontré misericordia fue para que en mí primeramente manifestase Jesucristo toda su paciencia y sirviera de ejemplo a los que habían de creer en él» (1Tim. 1,15-16).

Ya estáis viendo cómo ha sido el Señor el que os ha ido preparando para la misión y para la predicación. La conclusión que debéis sacar ahora es evidente, que no penséis nunca en sacar provecho de vuestra condición de consagrados a Dios, para beneficio propio, porque hoy estáis decididos a decirle a Dios que os montáis en su barca, en la suya, y que vosotros queréis ser colaboradores suyos en la tarea evangelizadora. Esto ha sido un regalo de Dios, pura gratuidad, pues ya sabéis cómo tenéis que actuar, con la misma generosidad. Buscad siempre la cercanía y la misericordia de Dios, la oración sirve también para que lo recordéis esto todos los días y para que nunca se os olvide. Os habéis entregado, habéis dejado ya en el suelo las piezas de vuestra armadura mundana –las piezas de vuestros intereses, pasiones, caprichos y pecados– y ahora estáis dispuestos a revestiros de Cristo. Pedidle, hermanos, «a Dios un milagro, que haga de vosotros una criatura nueva; que os ayude a cambiar por dentro y que tengáis el coraje de los apóstoles para romper las cadenas de vuestra cautividad en vuestras soledades», para «romper las cadenas de la prisión de vuestro yo, como testigos y heraldos del amor y de la caridad». Le pedimos todos con vosotros que os conceda permanecer siempre, de verdad, en su amor.

Fijaos cómo en el Evangelio, la pregunta siempre es la misma, ¿qué debemos hacer?, y la respuesta, ya la sabéis, es también la misma: conviértete y verás tu vida iluminada. Que la Santísima Virgen María os ayude a vivir con alegría vuestra condición de sacerdotes al servicio de los hermanos, al servicio del Santo Pueblo de Dios.

Que Dios os bendiga.

+ José Manuel Lorca Planes
Obispo de Cartagena